

# LA DISPUTA SOBRE MAQUIAVELO ENTRE LOS INTELLECTUALES FASCISTAS Y ANTIFASCISTAS DURANTE EL “VENTENNIO”: ENTRE MITO NACIONAL Y REALIDAD HISTORIOGRÁFICA\*

Andrea Vincenzini

JUICIOS ENCONTRADOS: LA CONTIENDA HISTORIOGRÁFICA SOBRE MAQUIAVELO A LO LARGO DE LOS SIGLOS

SABIDO es que los hechos históricos, los mitos, las leyendas, las tradiciones e, incluso, las falsificaciones sobre el pasado constituyen, en términos ideológicos, un componente esencial en las narrativas de las clases dirigentes políticas en el proceso de formación y consolidación de identidades entre los ciudadanos con objeto de integrarlos en el sistema que esas clases promueven y gestionan. A lo largo de la historia, el ejemplo del fascismo italiano se ha revelado como uno de los casos más paradigmáticos en ese sentido, lo cual ha sido subrayado perfectamente por el historiador Massimo Baioni en su obra *Risorgimento in Camicia nera*:

La abolición de la libertad, unida a la identificación entre fascismo y nación, alentaron a los intelectuales y publicistas fascistas a valerse de un uso científicamente poco escrupuloso del pasado, que fue flagrantemente sometido a las exigencias del presente. La comparación con el pasado resultaba vital para otorgar un sentido a la dimensión histórica del fascismo y para connotar su identidad, especificando el lugar que el mismo fascismo ambicionaba ocupar en el flujo de la historia italiana.<sup>1</sup>

Ahora bien, entre los acontecimientos que fueron considerados por los pensadores del fascismo como significativamente legitimadores de su régimen sobresalían el mito de la Roma Antigua (republicana e imperial), la epopeya de las ciudades-Estado de la Edad Media, el Renacimiento y el *Risorgimento*. En tal relato, el Renacimiento representaba un fenómeno clave, ya que era considerado el imprescindible hilo unificador entre la epopeya de la Roma Antigua y el “resurgimiento” nacional del siglo XIX.<sup>2</sup> A este propósito, Armando

---

\* Este artículo constituye un fragmento de los contenidos de mi tesis doctoral *Los orígenes culturales, los mitos y la utilización de las tradiciones históricas sobre la nación en el fascismo y en el primer franquismo*, dirigida por la doctora M<sup>a</sup> Ángeles Barrio Alonso y defendida, en el marco del Programa de Doctorado de la Universidad de Cantabria, el 27 de septiembre de 2021.

<sup>1</sup> Massimo Baioni, *Risorgimento in Camicia nera. Studi, istituzioni, musei nell'Italia fascista*, Carocci, Roma, 2006, p. 10.

<sup>2</sup> Sobre este tema véase Vittorio Cian, *Umanesimo e Rinascimento*, Le Monnier, Florencia, 1941, pp. 90-95. Del mismo autor, *I Precursori del fascismo*, en Gianluigi Pomba (ed.), *Civiltà illustrata nella dottrina e nelle opere*, Utet, Turín, 1928, pp. 122-124.

Lodolini, intelectual fascista procedente del republicanismo mazziniano, definió el Renacimiento como el “Segundo Imperio de Italia”. Según él, el Renacimiento fue el producto mayor de las corporaciones medievales, así como el Imperio nacido en 1936 simbolizaba el resultado del Estado corporativo fascista:

¿Qué es, pues, el Renacimiento? Sobre todo, el Renacimiento no es sino un aspecto de la perpetua revolución italiana. Es la continua subida de su pueblo, que engendra en sí, por cuanto largos y dolorosos sean los paréntesis, el fermento de Roma. Con el Renacimiento, Italia restableció el dominio moral sobre la humanidad y cambió en una nueva imagen la antigua del dominio, alumbrando una serie de emperadores del pensamiento y de la acción entre los cuales sobresalieron las gigantescas encarnaciones de Leonardo y Colombo. El segundo Imperio de Italia asombró al mundo. Cuando Inglaterra, España, Francia y Alemania se sientan maduras para renacer tomarán como ejemplo a Italia.<sup>3</sup>

Según la historiografía fascista, el Renacimiento había brotado en la Baja Edad Media al calor de la brillantez y esplendor de la civilización de los libres ayuntamientos italianos, que prosperaron durante más de tres siglos y prepararon la resurrección de Italia. Por tanto, en dicho relato, el Renacimiento no solo fue un fenómeno incomparable de la cultura, el arte y la literatura, sino también un prodigio eminentemente político.<sup>4</sup> ¿Quién si no Maquiavelo podía interpretar y describir los *Arcana Imperii* de período histórico tan controvertido? En este sentido, los historiadores fascistas, a través de Maquiavelo, establecieron una sólida relación de continuidad con el pasado nacional; de hecho, vislumbraron en el secretario florentino al representante más insigne de aquella idea de nación que se conjugaba en la primacía de la romanidad.<sup>5</sup> De esta manera, la clase dirigente fascista legitimaba, gracias a una larga ascendencia histórica, el noble papel ejercido por la civilización italiana, derivada, a su vez, de los triunfos incontestables de Roma. Por tanto, como ha subrayado Laura Mitarotondo, la acogida del “mito” Maquiavelo por la inagotable iniciativa cultural del régimen fascista era inscribible en la sistemática actividad de propaganda ideológica, comprometida en la búsqueda y actualización de los autores de la tradición nacional desde la óptica de definición de su afinidad a la lógica política del Estado fascista, depositario del valor moral de la nación.<sup>6</sup>

Desde un punto de vista general, como señaló el historiador alemán Jacob Burckhardt, el Renacimiento había constituido una época de ruptura respecto al oscurantismo medieval, certificando un intenso período de renovación cultural. Según su tesis, la recuperación de los clásicos y el acercamiento a ellos, así como la aparición de un individualismo vitalista y pagano, que hacía un uso nuevo y original de la razón, rompieron con un multisecular pasado de confesionalidad merced a un vigoroso proceso de secularización, sentando los fundamentos del pensamiento y de la política modernas.<sup>7</sup> Según semejante línea interpretativa, nacía el individuo libre como sujeto de la acción política, desligado de las ataduras que le imponían las antiguas tradiciones y costumbres, en ausencia de los lazos sociales y familiares que fueron cruciales a los hombres de la Edad Media, sumergido en una sociedad en disolución y enfrentado a nuevas entidades políticas emergentes.<sup>8</sup> El individuo

<sup>3</sup> Armando Lodolini, *La storia della razza italiana da Augusto a Mussolini*, Unione Editoriale D'Italia, Roma, 1939, pp. 143-144.

<sup>4</sup> Véase Angelo Pernice, *La vita italiana nel Medioevo e nel Rinascimento*, con introducción de Arrigo Solmi, *Coll, le Nazioni e gli Imperi*, Edizioni Vitagliano, Milán, 1929.

<sup>5</sup> Laura Mitarotondo, “Benito Mussolini e Machiavelli”, en Luigi Marco Bassani y Corrado Viventi (eds.), *Machiavelli nella storiografia e nel pensiero politico del xx secolo*, Giuffrè, Milán, 2006, p. 75.

<sup>6</sup> Laura Mitarotondo, *Un “Preludio a Machiavelli”. Letture e interpretazioni fra Mussolini e Gramsci*, Giapichelli, Turín, 2016, pp. 3-8.

<sup>7</sup> Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Akal, Madrid, 2004 [1860].

<sup>8</sup> Agnes Heller, *El hombre del Renacimiento*, Península, Barcelona, 1980.



renacentista descubriría, así, en palabras de Erich Fromm, que su “yo” se encontraba separado del resto de los seres humanos y que el mundo era susceptible de ser manipulado teórica y prácticamente.<sup>9</sup> Sin embargo, no sólo la libertad, sino también el despotismo, el abuso, la ilegitimidad y el reino de la fuerza acompañaron la génesis del individuo autónomo renacentista –el hombre como “medida de todas las cosas”.

En este contexto histórico vivió y se desenvolvió Maquiavelo. En 1498, estando la república florentina regida por el gonfaloniero de justicia Piero Soderini, inició su carrera política con el cargo de secretario de la Segunda Cancillería, y, sucesivamente, de los *Nove dell'Ordinanza*; cargos en los que probó sobradamente su extraordinaria virtud, sobre todo en sus múltiples misiones como legado –guerra contra Pisa, misiones en Francia ante la corte de Luis XII, rebelión de la Val di Chiana–.<sup>10</sup> Cuando en 1512 la liga anti-francesa del Papa Julio II venció a las tropas de la República Florentina en Prato, y los Medici regresaron a Florencia, Maquiavelo se vio privado de su cargo e, incluso, fue encarcelado y torturado. Sin embargo, con la muerte de Julio II y la elección de León X, salió de la prisión gracias a una amnistía, retirándose a su finca de San Casciano.<sup>11</sup> Aquí, gracias “a la larga experiencia de las cosas antiguas y a las lecciones de las modernas”, empezó a redactar *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El Príncipe*.<sup>12</sup>

Tras la muerte de Maquiavelo comenzaron inmediatamente las disputas intelectuales sobre la herencia cultural y el significado último de sus obras. Los escritores contrarreformistas de los siglos XVI y XVII lo dibujaron como un maestro del poder, un cínico, un consejero de tiranos, un abanderado de la falta de escrúpulos morales y, finalmente, un escritor subversor de la tradición cristiano-clásica centrada en el modelo del *Speculum principis*.<sup>13</sup> Los jesuitas lo definieron como un ministro de Satanás, un pensador amoral e inmoral. De hecho, Pedro de Ribadeneyra, en sus textos, advirtió sobre el carácter especialmente demoníaco de sus consejos.<sup>14</sup> También el teórico italiano de la razón de Estado Traiano Boccalini, en su obra *I Ragguagli di Parnaso*, condenó a Maquiavelo, aunque, paradójicamente, no porque lo que había afirmado fuera falso, sino porque desvelarlo a todos, sin ropajes ni hipocresía, era, según el conservador punto de vista del autor, “un abrir los ojos a los topos”.<sup>15</sup> En cambio, filósofos y pensadores como Baruch Spinoza o Jean-Jacques Rousseau reivindicaron, especialmente del Maquiavelo de los *Discursos* y *Del Arte de la Guerra*, su pasión política, su integridad ciudadana y su patriotismo sin límites.<sup>16</sup> Según la corriente de pensamiento republicano y democrático, el *Príncipe* tenía que ser interpretado como una advertencia hecha con buena fe a los pueblos contra los príncipes y su desmedida crueldad, por lo que Maquiavelo era tenido por el padre del republicanismo cívico, que habría desmascarado las entrañas del poder, desnudándolo.<sup>17</sup>

<sup>9</sup> Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1941, pp. 142-147.

<sup>10</sup> Quentin Skinner, *Machiavelli*, Il Mulino, Bolonia, 1999. Michele Ciliberto, *Niccolo Machiavelli, Ragione e pazzia*, Laterza, Roma, 2019.

<sup>11</sup> John Pocock, *The Machiavelian Moment, Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press, Princeton, 2003.

<sup>12</sup> Véase Alberto Asor Rosa, *Machiavelli e l'Italia resoconto di una disfatta*, Einaudi, Turín, 2019.

<sup>13</sup> Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político-cristiano representado en cien empresas*, Maxtor, Madrid, 2004 [1640].

<sup>14</sup> Pedro de Ribadeneyra, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus Estados. Contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan*, Imprenta Madrigal, Madrid, 1595.

<sup>15</sup> Traiano Boccalini, *Ragguagli del Parnaso e scritti minori*, vol. 1, Laterza, Bari, 1948, pp. 327-328.

<sup>16</sup> Walter Eckstein, “Rousseau and Spinoza: their political theories and their conception of ethical freedom”, *Journal of the History of Ideas*, 3: 5 (1944), pp. 259-291. Federico Zuolo, “Spinoza, Machiavelli e il Republicanismo”, *Il Politico*, 70: 1 (2005), pp. 143-164.

<sup>17</sup> Maurizio Viroli, Quentin Skinner y Gisela Book, *Machiavelli and Republicanism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.



Más tarde, en el siglo XIX, en el contexto de las revoluciones liberales y nacionales, el idealismo alemán hizo de Maquiavelo, primero, el precursor del nacionalismo germano, y, después, el padre de la poderosa política bismarckiana.<sup>18</sup> Sin embargo, sobre todo en Italia, coincidiendo con los fermentos patrióticos y anti-austriacos de las clases cultas urbanas, Maquiavelo fue tenido por el auténtico patriota preocupado por la liberación del pueblo italiano de las garras de los bárbaros que assolaban su territorio. Destacamos en este sentido las contribuciones de Pasquale Villari<sup>19</sup> y Francesco De Sanctis.<sup>20</sup> Concretamente, en el relato de De Sanctis, Maquiavelo encarnaba, al mismo tiempo, el papel del enardecido profeta de la unidad nacional y del “Lutero Italiano”, promotor de una auténtica reforma moral y civil del pueblo en un período en el que Italia había protagonizado la apoteosis de la cultura y del arte, aunque mermada por una generalizada indiferencia religiosa, moral y política. Por tanto, el Maquiavelo Desanctisiano era un juez severo de la corrupción de aquellos príncipes y jefes políticos que, por su negligencia, habían perdido sus respectivos Estados, revelando con la privación de la libertad de Italia su ínfimo nivel moral y sus irresueltas contradicciones.

#### EL MAQUIAVELO “AUTORITARIO” DEL *PRELUDIO* Y DE LA TRADICIÓN FASCISTA

Sin embargo, fue entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, época caracterizada por el auge del imperialismo y del colonialismo, por el ocaso del positivismo y por la afirmación de las ideologías irracionalistas, decadentistas y elitistas, cuando la figura del secretario florentino alcanzó una relevancia todavía más acentuada, abrumando con su magnetismo a los protagonistas de la vida cultural y política de ese tiempo.<sup>21</sup> De hecho, no es baladí recordar que los ensayos de Maquiavelo se hallan presentes con cierta frecuencia en los textos de los creadores de las teorías sobre las elites.<sup>22</sup>

Al respecto, Gaetano Mosca, en 1923, en la segunda parte de la edición renovada de los *Elementos*, exaltó a Maquiavelo por haber escrito de manera perspicaz en los *Discursos* que, en cualquier Estado, a los puestos de mando “no llegan nunca más que cuarenta o cincuenta personas”,<sup>23</sup> prefigurando con cuatro siglos de antelación el concepto de “clase política”. Por su parte, Vilfredo Pareto, ya en 1916, en su *Trattato di sociologia generale*, citó trece veces a Maquiavelo, denominándolo “excelso anticipador del método sociológico y extraordinario psicólogo político”,<sup>24</sup> y en 1923 sostuvo que el florentino “era un águila que vuela infinitamente más alto que muchos autores antiguos y contemporáneos”.<sup>25</sup> Finalmente, Robert Michels –sociólogo alemán naturalizado italiano y autor de la famosa publicación *Sociología del Partido político* (1911)–,<sup>26</sup> en una conferencia impartida en 1928 en Colonia, declaró que en los textos del secretario se podía percibir “El pensamiento del Duce, *condottiero* impetuoso, espontáneo, enérgico, fuerte no de un poder heredado, sino por virtudes propias”. Otra analogía que establecía Michels entre Mussolini y Maquiavelo

<sup>18</sup> Friedrich Meinecke, *L'idea della ragione di Stato nella storia moderna*, Sansoni, Florencia, 1970, pp. 373-380. Marx Horkheimer, *Sociedad, razón y libertad*, Trotta, Madrid, 2005.

<sup>19</sup> Pasquale Villari, *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, Independently Published, Londres, 2020 [1882].

<sup>20</sup> Francesco De Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, Einaudi, Turín, 1981 [1870].

<sup>21</sup> Gaetano Proccacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Bari, Laterza, 1995, pp. 411-420. Luigi Firpo, “Nel V centenario del Machiavelli”, *L'Approdo letterario*, 48: 15 (1969), pp. 17-36.

<sup>22</sup> Roberto Ghiringhelli, “Mosca, Pareto”, pp. 29-39.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 929.

<sup>24</sup> Vilfredo Pareto, *Trattato di sociologia generale*, Utet, Turín, 1988, p. 434.

<sup>25</sup> Vilfredo Pareto, *Scritti sociologici minori*, Utet, Turín, 1980.

<sup>26</sup> Robert Michels, *La sociología del partido político* (1911), Il Mulino, Bolonia, 1966.



era “la devoción entusiasta por la patria”.<sup>27</sup> Además, identificaba al autor de *El Príncipe* con el maestro de la dictadura revolucionaria patriótica y de la doctrina del jefe de raigambre mesiánica, principios cardinales de la ideología fascista.

Durante el primer período de existencia del fascismo, el paradigma filosófico que respaldaba y alimentaba la interpretación actualizada de la obra de Maquiavelo fue elaborado en gran medida por los estudios del historiador fascista Francesco Ercole, elaborados entre 1916 y 1920 y recogidos en un volumen orgánico algunos años después.<sup>28</sup> El relato de Ercole, sistemáticamente expuesto en el ensayo *La política de Maquiavelo* (1926), se desarrollaba a través del redescubrimiento y la valoración de la virtud maquiavélica, convertida en voluntad realizadora y principio de rectitud intachable en tanto que ejercicio concreto de la libertad propia del hombre enérgico y dotado de un firme propósito.<sup>29</sup> A partir de esta premisa, Ercole transformaba esa llamada virtud moral en el principio de la *Instauratio* del Estado, sujetando el nivel económico-político al plan moral bajo el signo de un ideal “estatista”. Así, pues, el historiador del régimen imprimía al *Príncipe* una moderna connotación ideológica, conectando la dimensión sacra de la patria con el ideal jurídico del Estado y enmarcando a Maquiavelo en el sistema doctrinario del Estado-Ético.<sup>30</sup> La patria, en tal

<sup>27</sup> Aldo Ricci, “Michels e Mussolini”, en Giovan Battista Furiozzi (ed.), *Robert Michels tra politica e sociologia*, CET, Roma, 1984, p. 257.

<sup>28</sup> Sobre la figura de Ercole véase Michele Ciliberto, “Appunti per una storia della fortuna di Machiavelli in Italia: Francesco Ercole, Luigi Russo”, *Studi Storici*, 10 (1969), pp. 799-832.

<sup>29</sup> Véase también Francesco Ercole, *Dal Comune al Principato, saggi di storia del diritto pubblico del Rinascimento italiano*, Vallecchi, Florencia, 1929.

<sup>30</sup> Francesco Ercole, “Il Principe”, *Rivista d'Italia*, 7 (1929), pp. 310-323.

esquema, representaría el culmen de la moralidad de Maquiavelo: “el sueño maquiavélico del Príncipe es, en los albores del siglo XIV, en vísperas del saco de Roma y en la inminencia de la servidumbre, a pesar de la realidad oprimiente, un soberbio y magnífico acto de fe en la virtud y en la vitalidad de los italianos”.<sup>31</sup>

Un giro interpretativo de esta magnitud privaba casi totalmente a Maquiavelo del elemento popular, así como de la ambivalencia del humano subjetivo, para privilegiarle como padre ideal del nacionalismo belicoso y de una legitimación imperialista.<sup>32</sup> Por tanto, la yuxtaposición del concepto de Estado-Fuerte al de Estado-Ético en la representación de la imagen del Príncipe dibujada por Ercole simbolizaba el resultado último de la tentativa de la apropiación fascista, diría que violenta, por parte de sus publicistas.<sup>33</sup> En este sentido, como ha subrayado Luigi Russo: “*El Príncipe* y los *Discursos* fueron sometidos a banalizaciones y exageraciones y fueron utilizados precipitadamente como fundamento del Estado coercitivo y autoritario, convirtiendo al Secretario en un instrumento contra él que el fascismo identificaba como la ridícula democracia liberal de la burguesía”.<sup>34</sup> Pues el florentino formaba parte “*a pieno titolo*” de la galería de los autores “*italianissimi*” que el fascismo estaba utilizando para consolidar su estructura identitaria de la nación. Lo reconocía también Edward Schneider, quien, en un ensayo de 1928, percibía en los nacionalistas, en los exponentes del neo-idealismo y en la llamada tradición Dante-Maquiavelo, las condiciones culturales previas y la raíz misma de la noción de Estado-Fuerte.<sup>35</sup> También el juicio expresado sobre la figura de Maquiavelo por Mussolini en *Gerarchia*, revista política fundada por él en 1922, reflejaba las mismas convicciones ideológicas. Al respecto, el artículo del 30 de abril de 1924, “Preludio al Machiavelli”, constituía un ejemplo emblemático de manipulación política del pasado.<sup>36</sup> La frecuentación del ilustre florentino por parte del Duce para nada era casual, aunque se caracterizaba por un criterio superficial y carente del apoyo de los estudios críticos de mayor relieve. De hecho, Mussolini, en las citas al margen del escrito en cuestión, evidenciaría una mínima presencia de intermediarios culturales, justificando su elección con la intención de no estropear la toma de contacto directa entre la doctrina del secretario y su vida vivida, “entre la práctica de gobierno suya y la mía”.<sup>37</sup> Ahora bien, podemos encontrar varias alusiones a párrafos *Del Arte de la Guerra* y de *El Príncipe* en muchos discursos pronunciados por el Duce entre 1910 y 1943 y publicados en su gran mayoría en *Il Popolo D'Italia*. Recordamos en ese sentido el artículo del 26 de marzo de 1915 titulado “Pedate ai neutri”, redactado para respaldar el frente intervencionista en la querella sobre la entrada de Italia en la Gran Guerra: “¿En suma, esta política que vitupera a Maquiavelo y extrae más bien su inspiración de Shylock, esta política que deprime las energías de las naciones y crea a nuestro alrededor una reputación infame entre las gentes de Europa, cuándo acabará?”.<sup>38</sup> El *Preludio* de Mussolini, que, como ha evidenciado Renzo De Felice, había sido preparado en previsión del otorgamiento a su autor del doctorado *Honoris causa* en Derecho por la Universidad de Bolonia,<sup>39</sup> englobaba la *summa* de las reflexiones del Duce sobre Maquiavelo en ese particular momento históri-

<sup>31</sup> Francesco Ercole, *La politica di Machiavelli*, Anonima Romana, Roma, 1926, p. 61.

<sup>32</sup> Mario Giovana, “I totalitarismi”, en Luigi Firpo (dir.), *Storia delle idee politiche, economiche e sociali*, vol. 6, Utet, Turín, 1972, pp. 249-269.

<sup>33</sup> Josef Macek, *Machiavelli e il machiavellismo*, La Nuova Italia, Florencia, p. 352.

<sup>34</sup> Luigi Russo, *Prolegomeni a Machiavelli*, Le Monnier, Florencia, 1931, p. 45.

<sup>35</sup> Hedward Schneider, *Making the Fascist State*, Oxford University Press, Nueva York, 1928, pp. 102-109.

<sup>36</sup> Benito Mussolini, “Preludio a Machiavelli”, *Gerarchia*, 4 (1924), pp. 205-209.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> Benito Mussolini, “Pedate ai neutri”, *Il Popolo d'Italia*, 26 de marzo de 1915.

<sup>39</sup> Renzo De Felice, *Mussolini il fascista. La conquista del potere: 1921-1925*, Einaudi, Turín, 1966, p. 465.

co, inmediatamente anterior al asesinato de Giacomo Matteotti, perpetrado por la llamada “*Ceka Fascista*” en junio de 1924.<sup>40</sup>

Ahora bien, a través de la lectura mussoliniana de Maquiavelo se puede intuir el constante propósito del régimen en su fase ascendente de ocupar cada espacio de la sociedad italiana, desde la política hasta la cultura, con objeto de impregnarla de su ideología.<sup>41</sup> En este sentido, el Duce se adueñó del léxico de Maquiavelo, operando una mistificación del sentido del término “política”, concebido en esta coyuntura como choque, guerra, conflicto.<sup>42</sup> De hecho, por un lado, el dictador fascista se inspiró en el florentino para enriquecer el Panteón de los autores adoptados en clave nacionalista e identitaria; por otro lado, lo invocaba como sostén de una idea de dominio propedéutico a la edificación de un nuevo paradigma de orden y autoridad dentro de las instituciones constituidas del “agonizante Estado liberal”.<sup>43</sup> Por tanto, como ha destacado Paolo Paolini, Mussolini, con la publicación en 1924 del “Preludio”, estaba creando las premisas del culto a la personalidad y de la imagen granítica del jefe invencible, al tiempo que buscaba acostumar la opinión pública italiana a la idea del Estado Totalitario.<sup>44</sup> Para confortar su opción antidemocrática y la convicción de la necesidad de una fuerte dirección de las masas, Mussolini recuperaba, manipulándola, la noción de pesimismo antropológico de Maquiavelo, otorgándole una centralidad absoluta.<sup>45</sup> En las páginas del “Preludio” se valoraba este principio, acentuando aún más su significado, ya que de la manifiesta desconfianza de Maquiavelo hacia el pueblo –juizado por Mussolini como inestable y voluble– derivaba la posibilidad de legitimar un indispensable mando fuerte, dispuesto, si fuera necesario, a recurrir a herramientas de ejercicio del poder no convencionales:

Maquiavelo no se hace ilusiones y no engaña al Príncipe. La antítesis entre Príncipe y pueblo, entre Estado e individuo en el pensamiento de Maquiavelo es total. La palabra Príncipe tiene que entenderse como Estado. En la doctrina maquiavélica el Príncipe equivale al Estado. Mientras los individuos tienden, empujados por sus egoísmos, a la atomización social, el Estado representa una organización y una limitación de los caprichos individuales. El individuo anhela evadir continuamente sus obligaciones, no pagar los impuestos, no hacer la guerra. Pocos son aquellos, dioses o santos que sacrifican su propio interés particular sobre el altar del Estado. Todos los demás se encuentran en un estado de rebelión potencial contra él. Las revoluciones de los siglos XVII y XVIII han intentado resolver esta contienda, haciendo surgir el poder como una emanación de la libre voluntad del pueblo. Sin embargo, el adjetivo de soberano aplicado al pueblo es una trágica burla. El pueblo, como mucho, puede delegar pero no puede ejercer ninguna soberanía.<sup>46</sup>

Este planteamiento fue reforzado por Mussolini en otro artículo complementario al de “Preludio” que apareció en 1923 en *Gerarchia* con el título “Fuerza y consenso”. El clima político que alimentaba sus reflexiones estaba marcadamente caracterizado por la crisis de hegemonía de la clase dirigente prebélica y por la contraposición de la ideología fascista a las culturas políticas de la democracia y del socialismo. Por tanto, Mussolini, en nombre de Maquiavelo, lanzaba un ataque directo al modelo del Estado liberal, su base representativa y, más en general, a los gobiernos democráticos.<sup>47</sup> Uno de los aspectos más significati-

<sup>40</sup> Mauro Canali, *Il delitto Matteotti*, Il Mulino, Bologna, 2004.

<sup>41</sup> Benito Mussolini, *Scritti e discorsi di Benito Mussolini*, vol. 4, Hoepli, Milán, 1934, p. 105.

<sup>42</sup> Véase Benito Mussolini, “Nicolò”, en Edoardo y Duilio Suismel (eds.), *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 26, La Fenice, Florencia, 1951.

<sup>43</sup> Gennaro Maria Barbuto, *Machiavelli e i totalitarismi*, Guida, Milán, 2005, pp. 30-33.

<sup>44</sup> Paolo Paolini, “Mussolini e Machiavelli”, *Otto-Novecento*, 19: 1 (1995), pp. 196-197.

<sup>45</sup> Laura Mitarotondo, *Un “Preludio” a Machiavelli*, p. 4. Gaetano Calabrò, *Machiavelli in Italia tra le due guerre. Echi di un dibattito*, Istituto italiano studi filosofici, Nápoles, 2005.

<sup>46</sup> Benito Mussolini, “Preludio a Machiavelli”, p. 208.

<sup>47</sup> Benito Mussolini, “Forza e consenso”, *Gerarchia*, 3 (1923), pp. 801-803.



vos del rechazo fascista hacia la democracia eran las críticas hacia las ideas de Rousseau en la parte final de “Preludio”. Mussolini arremetía enérgicamente contra la teoría de la soberanía popular y el modelo refrendario propuestos por el intelectual ginebrino:

Los sistemas representativos pertenecen más a la mecánica que a la moral. También en los países donde estos mecanismos están en boga desde siglos llegan horas solemnes en las que no se pregunta más nada al pueblo, porque se advierte que la respuesta sería fatal; se quitan a la masa las coronas de papel de la soberanía, buenas para los tiempos normales, y se les exige aceptar una revolución o marchar hacia lo ignoto de una guerra. Al pueblo no queda otra cosa que un monosílabo para aprobar y obedecer [...].<sup>48</sup>

En reafirmar esta manera hiperrealista de interpretar a Maquiavelo no concurría solamente el rechazo de los contenidos políticos de la tradición liberal, sino también una explícita alusión a algunos modelos teóricos fundamentales en la formación intelectual de Mussolini, como eran Pareto, Sorel, Nietzsche y Le Bon.<sup>49</sup> En este sentido, como ha recordado Giovanni Maria Barbuto, en el largo ensayo *Machiavelli, Nietzsche e Mussolini* de Mario Ferrara (1939) el amplio comentario sobre algunos pasajes cruciales del artículo de Mussolini servía para confirmar la presunta ascendencia maquiavélico-nietzscheana del fascismo.<sup>50</sup> De hecho, en ese período, la actitud belicista y fuertemente agresiva ostentada por el Eje Roma-Berlín contra las “democracias plutocráticas de Occidente” requería un lenguaje adecuado a la voluntad de potencia del régimen y a la preparación de una guerra que, según el canon fascista, tenía que ser “maquiavélica, dinámica, rápida y cualitativa”. En Mussolini, la actualización de Maquiavelo se hallaba también influida por la ideología presente en las obras de Gustave Le Bon.<sup>51</sup> De hecho, el mito del Duce ha sido construido muy claramente emulando al modelo del jefe descrito por ese autor. En la concepción de Le Bon, las multitudes eran irracionales, capaces de concebir ideas simples y de traducirlas en imágenes, mostrándose serviles ante las fuertes personalidades que quisieran dominarlas. Por tanto, tendían espontáneamente hacia un César que fuese capaz de comprender su psicología y entender su lenguaje.<sup>52</sup> Además, según el pensador francés, las masas eran naturalmente conservadoras y tenían convicciones enraizadas en su raza y en sus respectivos mitos nacionales: “La verdadera guía de un pueblo son las tradiciones, y éstas mutan fácilmente sólo en sus formas exteriores. Sin tradiciones, es decir, sin alma nacional, no es posible ninguna forma de civilización”.<sup>53</sup>

La representación negativa de la naturaleza humana y la valoración de la dimensión espiritual del Estado fascista en el que sobresalía la figura-guía del jefe carismático emergían también en las observaciones sobre el “Preludio” recogidas por el filósofo idealista Armando Carlini en su *Saggio sul pensiero filosofico e religioso del fascismo*:

Mussolini ha vislumbrado en el fondo del Príncipe los dos argumentos que lo convierten todavía hoy en un monumento de sabiduría política incomparable, y por los cuales ha resistido a la diversidad de los tiempos y de las mentalidades. En primer lugar, la humanidad pura, la laicidad como carácter fundamental de la vida política y del Estado moderno. En segundo lugar, la forma caótica y anarquista en la que se presenta la humanidad como masa, como pueblo no educado todavía en la

<sup>48</sup> Benito Mussolini, “Preludio a Machiavelli”, p. 208.

<sup>49</sup> Anthony James Gregor, *Young Mussolini and the intellectual Origins of fascism*, University of California Press, Berkeley, 1979.

<sup>50</sup> Mario Ferrara, *Machiavelli, Nietzsche e Mussolini*, Vallecchi, Florencia, 1939.

<sup>51</sup> Gustave Le Bon, *La psicologia delle folle*, Mondadori, Milán, 1970 [1895].

<sup>52</sup> Renzo De Felice, *Mussolini il fascista*, pp. 365-370. Emilio Gentile, *Il capo e la folla. La genesi della democrazia recitativa*, Laterza, Roma, 2016, pp. 149-152.

<sup>53</sup> Gustave Le Bon, *La psicologia delle folle*, p. 117.



vida política y liderado por un Estado y un gobierno. Sin embargo, aquella laicidad no ignora el problema religioso [...] aquel Príncipe, que es, al mismo tiempo, Estado y Jefe de Gobierno, por mucho que trascienda con su autoridad a las masas, no es ajeno a ellas: no es un déspota, no es una voluntad arbitraria que, manejando la astucia, la fuerza y el caso, se adueña de la multitud de los ciudadanos y la maneja solamente por capricho o interés particular.<sup>54</sup>

En la magnificación del “Maquiavelo fascistizado”, un papel relevante lo ejerció también Alfredo Rocco, bien fuera por su pragmatismo y su militancia en la Asociación Nacionalista antes de su adhesión al PNF, bien por haber sido el arquitecto jurídico del ordenamiento del Estado fascista desde 1925 hasta 1929.<sup>55</sup> Rocco, en la famosa conferencia pronunciada en Perugia el 30 de agosto de 1925, trató varias temáticas en este orden: el fascismo entendido como acción, sentimiento y pensamiento; la doctrina fascista como ideología integral de la sociedad y su antítesis del atomismo liberal-democrático-socialista; los problemas de la libertad y de la justicia social en el planteamiento del fascismo; y, finalmente, el “inestimable valor histórico de la doctrina fascista”.<sup>56</sup> En este último apartado, el jurista principal del régimen dedicó un amplio panegírico al secretario florentino en calidad de fundador de la ciencia política moderna. Según Rocco, la originalidad de Maquiavelo consistía en que desplazó la política de la lógica de las escuelas y de las utopías y

<sup>54</sup> Armando Carlini, *Saggio sul pensiero filosofico e religioso del fascismo*, Istituto Nazionale di Cultura Fascista, Roma, 1942, pp. 52-53.

<sup>55</sup> Saverio Battente, *Alfredo Rocco. Dal nazionalismo al fascismo 1907-1935*, Franco Angeli, Milán, 2005.

<sup>56</sup> Alfredo Rocco, *Scritti e discorsi politici*, vol. 3, Giuffrè, Milán, 1938, pp. 1093-1115.

la conectó a la “*verita effettuale delle cose*”, otorgando a los hombres de Estado una inagotable variedad de observaciones y consejos prácticos.<sup>57</sup> Y no sólo eso, pues, en la óptica de Rocco, Maquiavelo no fue solamente el más extraordinario de los escritores políticos modernos, sino que también fue el *Gran Italiano* que vislumbró con extraordinaria clarividencia la visión de la unidad italiana en el Estado nacional:

Para hacer libre y grande Italia, hasta entonces sierva, desgarrada y fragmentada, a Maquiavelo pareció adecuado cada medio posible, pensando que la grandeza y la santidad del fin lo purificaría, y por eso tuvo que enfrentarse a la crítica feroz de los extranjeros, a los cuales no les disgustaban tanto los medios que el secretario propugnaba, cuanto el objetivo que se proponía alcanzar. En busca de esta gran meta quiso conseguir la constitución de un sólido Estado italiano, defendido no por milicias mercenarias, sino con el sacrificio y la sangre de los ciudadanos, bien ordenado en el interior, expansivo y agresivo en el exterior. Las repúblicas, afirmaba, son poco resolutas y no saben deliberar (Disc. I, C. 38). Los Estados débiles se revelaron siempre ambiguos en tomar decisiones y siempre las deliberaciones lentas son dañinas (Disc. I, C. 15). La Autoridad dictatorial trajo el bien sin perjudicar en absoluto a la República romana (Disc. I, C. 34). La patria se tiene que defender con ignominia o con gloria; y en cualquier manera resulta bien defendida (Disc. III, C. 41). Pues, Maquiavelo no fue solamente un gran político, fue un maestro de energía y voluntad; en él el fascismo se inspira no sólo como doctrina, sino también como acción.<sup>58</sup>

Un momento particularmente intenso por la proliferación de estudios sobre Maquiavelo durante el *Ventennio*, y, por ende, de renovada atención al “Preludio”, tuvo lugar en 1927. En esta ocasión, entre las numerosas manifestaciones y textos dedicados a actualizar el legado del “Florentino”, tuvo un relieve particular el redactado por Gioacchino Volpe.<sup>59</sup> Este, considerado sin duda el historiador más insigne del régimen, esbozó, en calidad de secretario de la Academia de Italia, un retrato ideal de Maquiavelo en el cuarto centenario de su muerte –22 de junio de 1927–, resolviendo, según el canon fascista, las aparentes contradicciones que se entreveían en sus obras acerca de la dicotomía monarquía-república:

En el fondo de su corazón la República apareció siempre como el sistema ideal. Pero este hombre solía preferir las soluciones reales y posibles. Y pues, aun auspiciando una función activa del pueblo dentro de la organización estatal, se decantó a favor de la monarquía. De hecho, si conservar es tarea de muchos, instaurar o restaurar es deber de uno o de pocos. Para instaurar o fundar hace falta el máximo de fuerza, voluntad, alta conciencia del bien y espíritu heroico. Rasgos todos de uno o de pocos. Asimismo, Maquiavelo, especialmente en su exilio que lo alejaba de Florencia, su madre carnal, y que le aumentaba la nostalgia de una patria más grande, pensaba en un Estado fuerte en la Italia Central, quizás bajo los Medici, que poseían el papado y muchas ambiciones. ¡Y después quién sabe!<sup>60</sup>

También en julio de 1927 se publicaba, en la revista *Bibliografia fascista*, el panfleto “Machiavelli e Mussolini”, de Filippo Virgili. Este artículo, que, al menos inicialmente, se presentaba como una sintética y elogiosa recensión al libro de Pasquale Villari, se componía también de una segunda parte en la cual el autor establecía una dudosa analogía entre el Príncipe de Maquiavelo y el Primer Ministro italiano. La consonancia entre el *Príncipe* y el Duce se asociaba a la convicción de que la *fascistización* del país había preservado la unidad nacional y había garantizado la renovación política del Estado, impidiendo su ruina:

<sup>57</sup> Renzo De Felice, *Autobiografia del fascismo*, Minerva italiana, Bérgamo, 1978, pp. 285-306.

<sup>58</sup> *Ibidem*, pp. 302-303.

<sup>59</sup> Véase Gioacchino Volpe, *Guerra, dopoguerra e fascismo*, La Nuova Italia, Venecia, 1928; *Il Medioevo*, Vallecchi, Florencia, 1926.

<sup>60</sup> Gioacchino Volpe, “Nel IV Centenario dalla morte di Niccolò Machiavelli”, *Corriere della Sera*, 22 de junio de 1927.

Los fascios de acción habían liberado Italia de la servidumbre política, los fascios de combatientes la salvaron de la aniquilación anarquista: en ambas circunstancias Italia ha sido redimida por un luchador inalcanzable, que encara el peligro y arriesga la vida por un alto ideal. Este hombre se hizo con el poder y se convirtió en el Duce, esto es, el Príncipe de Maquiavelo. Al inicio del gobierno de renovación él se valió de la colaboración de todas las fuerzas buenas y utilizables, pero gradualmente fascistizó el gabinete como había fascistizado el país [...] Podemos decir, con precisión de lenguaje jurídico y con perfecta analogía histórica, que la figura del Príncipe de Maquiavelo se identifica con la actual figura de Primer Ministro. Por tanto, Benito Mussolini realiza el sueño de Maquiavelo, adaptando sabiamente las calidades de regidor de pueblos a las condiciones actuales de la vida.<sup>61</sup>

Algunos años más tarde, Carlo Curcio, en la voz “Democracia” del *Dizionario di Politica*, avalaría la paradójica definición mussoliniana del fascismo como democracia centralizada, organizada y autoritaria, reafirmando su rechazo radical de los mitos democráticos; es decir, del mediocre modelo de la democracia racionalista basada en la prevalencia del número, el preconcepto de la igualdad, las mentiras representadas por el sufragio universal y el parlamentarismo.<sup>62</sup> Entre todos estos tonos de júbilo acerca de la figura de Maquiavelo, quizás la única nota menos halagadora la formuló el filósofo idealista y teórico del Estado Ético Giovanni Gentile.<sup>63</sup> Según él, en el secretario primaba un concepto de virtud que, aunque admirable, brotaba de una voluntad individual, acompañada por una visión individualista e, incluso, privatista del Estado.<sup>64</sup> Por tanto, Gentile, aun reconociendo que para el “Florentino” el bien común correspondía al Estado, notaba que su idea de Estado no tenía todavía rasgos de universalidad y ética. Además, criticaba el carácter naturalista de su pensamiento.<sup>65</sup> Como ha destacado Marcello Montanari, para Maquiavelo la política era una volición individual, y Gentile observaba en este individualismo naturalista las raíces de la crisis del Renacimiento y la razón de su transformación en una cultura estetizante incapaz de elevarse a la definición de una idea colectiva de nación.<sup>66</sup> En este caldo de cultivo, según el filósofo idealista, la política era vivida como una suma de impulsos bestiales. Sin embargo, en Gentile no encontramos espacio para la fiereza de la política, ya que esta tenía que solucionarse dentro de la concepción ética del Estado, entidad que coincidía con el sujeto, dotado de una libertad absoluta e infinita.<sup>67</sup> En la visión gentiliana, el sujeto, no tolerando limitación alguna, se convertía en totalidad y operaba para sustraer el mundo a su destino nihilista y a su determinación naturalista y materialista.<sup>68</sup> Sin embargo, Gentile no atribuía a Maquiavelo la culpa de esa visión simplista de la actuación humana, ya que, durante el Renacimiento, faltaban todavía a la filosofía de la época los instrumentos teóricos para reconducir la sustancia del mundo a la subjetividad: “la cultura humanista admitía todavía una diferencia ontológica entre el sujeto y el mundo pensado como una alteridad absoluta que trasciende y limita la obra del sujeto”.<sup>69</sup>

<sup>61</sup> Filippo Virgili, “Machiavelli e Mussolini”, *Bibliografia Fascista*, 2: 7 (1927), pp. 2-3. Véase también, Raffaele Valente, *Machiavelli precursore della Marcia su Roma*, Officine Arti Grafiche, 1938.

<sup>62</sup> Carlo Curcio, “Democrazia”, en Antonino Pagliaro, *Dizionario di Politica*, vol. 1, Istituto dell’Enciclopedia Italiana, Roma, 1941, pp. 751-764.

<sup>63</sup> Véase Giovanni Gentile, *Origini e dottrina del fascismo*, Libreria del Littorio, Roma, 1925, pp. 5-54.

<sup>64</sup> Giovanni Gentile, *Il Pensiero italiano del Rinascimento*, Sansoni, Florencia, 1940, p. 33.

<sup>65</sup> Giovanni Gentile, *L’etica di Machiavelli*, en *Studi sul Rinascimento*, Vallecchi, Florencia, 1923.

<sup>66</sup> Marcello Montanari, *Croce e Gentile*, pp. 80-92.

<sup>67</sup> Giovanni Gentile, *I fondamenti della filosofia del diritto*, Sansoni, Florencia, 1937.

<sup>68</sup> Giovanni Gentile, *Teoria generale dello Spirito come atto puro*, Sansoni, Florencia, 1916.

<sup>69</sup> Marcello Montanari, *Croce e Gentile*, p. 90.





EL MAQUIAVELO “DEMOCRÁTICO” DE LOS INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS: CROCE, GOBETTI, MATTEOTTI Y GRAMSCI

Si Gentile resolvía la contradicción entre ética y política en Maquiavelo, fundiéndola en el todopoderoso sujeto artífice de la eternidad del acto puro y de una voluntad de potencia ilimitada, Benedetto Croce —representante más ilustre de la doctrina liberal y destacado filósofo neo-idealista—, en la famosa página de *Gli elementi di politica* (1925), formulaba un pensamiento opuesto al de Gentile.<sup>70</sup> De hecho, fue Croce quien formuló la opinión de que en la obra de Maquiavelo “la autonomía de la política se coloca más allá del bien o del mal moral y tiene sus leyes, a las cuales es inútil rebelarse, ya que no se pueden exorcizar y echar del mundo con el agua bendita”.<sup>71</sup> Sin embargo, según Croce, el error de Maquiavelo estribaba en haber visto una antinomia entre ética y política, donde ocurría captar más acertadamente una distinción y no una oposición.<sup>72</sup> El motivo de la insistencia del filósofo liberal sobre este asunto se basaba en que, hasta 1918, no había advertido la necesidad de reafirmar la unidad de ética y política, puesto que, hasta ese momento, la historia parecía orientarse naturalmente hacia los valores compartidos de una sociedad liberal-democrática. Sin embargo, después de esa fecha, la hegemonía del liberalismo, que había dominado la historia europea del siglo XIX, contribuyendo a la formación de los movimientos de liberación nacional, empezó a resquebrajarse. Ahora, el binomio nación-libertad se había roto y los Estados nacionales habían sustituido la “religión de la libertad” con una política basada en la búsqueda de la potencia y el dominio.<sup>73</sup> Por tanto, en ese preciso momento histórico,

<sup>70</sup> Benedetto Croce, *La questione Machiavelli*, (1949), en *Indagini su Hegel*, Laterza, Bari, 1967, pp. 176-182.

<sup>71</sup> Benedetto Croce, *Etica e politica*, Laterza, Bari, 1945, p. 251.

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 253-254.

<sup>73</sup> Salvatore Cingari, *Benedetto Croce e la crisi della civiltà europea*, Rubettino, Soveria Mannelli, 2003.

según Croce, no se trataba más de recordar la necesidad de la “bestialidad” de la política en un mundo en el que el respeto a las reglas y el recíproco reconocimiento de las fuerzas en campo parecían ser principios adquiridos y compartidos. Al contrario, se hacía imprescindible promover la necesidad de mecanismos reguladores del conflicto político, pena de derrumbarse la nación o de instaurarse el predominio de un interés particular y despótico convencido de que la fuerza, o un consenso mayoritario fueran suficientes para legitimarlo como universal.<sup>74</sup> Sin embargo, Croce, coherente con su ideología liberal, imaginaba que esa visión ética podía ser defendida solamente por las élites culturales del liberalismo. Por tanto, el sistema de pensamiento del filósofo napolitano no resolvió el dilema de la participación del “demos” en la vida pública, pero, todavía hoy, resulta muy útil a la hora de contrastar el mito de cualquier subjetividad (sea el pueblo, la clase, el Estado) que aspire a hacerse “totalidad”.<sup>75</sup>

En la coyuntura histórica de la Italia de 1924, la atención al “Preludio a Machivelli” fue altísima, sobre todo porque el texto de Mussolini intervenía en un marco político caracterizado por un extremo criticismo. De hecho, la situación política de aquel turbio período estaba condicionada por la maniobra mussoliniana de la abrupta imposición del gobierno y de la ideología fascista a la nación. A este respecto, el 30 de mayo del mismo año, Giacomo Matteotti dirigía a la Cámara de los Diputados, en la apertura de la legislatura, el último duro ataque a sus adversarios políticos, denunciando las violencias y las intimidaciones que habían caracterizado el clima electoral del precedente 6 de abril, llegando a solicitar la anulación en bloque de las elecciones y exigiendo la necesidad de repetirlas en condiciones de limpieza política.

No es casualidad que, en uno de sus últimos escritos, Matteotti respondiese a la versión inglesa del “Preludio” mussoliniano, publicada en junio de 1924 con el elocuente título “The Folly of Democracy” en la revista *English Life*.<sup>76</sup> En su minuciosa réplica –divulgada póstumamente en la misma revista, en julio del mismo año–, el más importante exponente del Partido Socialista Unitario desmontó rotundamente las principales argumentaciones de su adversario.<sup>77</sup> Matteotti comenzaba su artículo constatando la imposibilidad de una recepción positiva de las violentas y tiránicas opiniones del Duce en el país de Gladstone y Bright.<sup>78</sup> En la carta no se limitó solo a denunciar el ejercicio de un poder sin escrúpulos, sustraído a todas las formas de control, sino que acusó también a los dirigentes fascistas del Ministerio de Economía por haber aceptado sobornos de la compañía americana “Sinclair Oil” a cambio de la concesión de conspicuas contratas petroleras. El sinsentido de las tesis políticas de Mussolini –que había destacado la ausencia de justificación moral en la formación de gobiernos representativos– fue motivado por Matteotti con la demostración detallada de la dinámica corruptora del fascismo.<sup>79</sup> El diputado socialista también desmontó la deshonesto tentativa mussoliniana de justificar una política fundada sobre el autoritarismo. Y lo hizo recordando dos pasajes fundamentales de *El Príncipe*. En el primero (capítulo XVIII), Maquiavelo retomaba la distinción entre los Estados fundados sobre las leyes y los Estados fundados sobre la violencia; los primeros los asociaba a los hombres, los segundos a las bes-

<sup>74</sup> Véase Benedetto Croce, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Laterza, Bari, 1928, p. 295; *L'Italia dal 1914 al 1918. Pagine sulla guerra*, Laterza, Bari, 1950.

<sup>75</sup> Michele Ciliberto, *Filosofia e politica nel Novecento italiano*, De Donato, Bari, 1982, pp. 146-148.

<sup>76</sup> Benito Mussolini, “The Folly of Democracy, Some lessons from Machiavelli?”, *English Life*, 3: 1 (1924), pp. 2-3.

<sup>77</sup> Giacomo Matteotti, “Machiavelli, Mussolini and Fascism”, *English Life*, 3: 2 (1924), pp. 86-87.

<sup>78</sup> Gino Bianco, “Matteotti a Londra”, en *Giacomo Matteotti a sessant'anni dalla morte*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1985, pp. 123-126.

<sup>79</sup> Giacomo Matteotti, *L'avvento del fascismo*, Plus, Turín, 2011; *Un anno e mezzo di dominazione fascista*, Plus, Turín, 2020 [1923].

tías.<sup>80</sup> En el segundo (capítulo IX) hacía hincapié en la solidez de los Estados que basaban su poder en la aprobación de los ciudadanos.<sup>81</sup> Por tanto, la centralidad que Matteotti, en durísima polémica con Mussolini, atribuía al factor del consentimiento popular denotaba la intransigencia moral con la que el dirigente socialista quería contrastar el uso político del pasado practicado por la propaganda fascista.<sup>82</sup>

La vigorosa reacción de Matteotti demuestra cómo el artículo de Mussolini se convirtió en el blanco polémico alrededor del cual se apuntaron las objeciones de una buena parte de los antifascistas. Éste fue el caso de Piero Gobetti, heredero de la tradición ilustrada del *Risorgimento* y exponente de un liberalismo radical particularmente sensible a las reivindicaciones de los movimientos obreros.<sup>83</sup> Gobetti, en mayo de 1924, desde las páginas de su revista *La Rivoluzione Liberale*, denunció explícitamente el carácter arbitrario del pretendido historicismo del relato mussoliniano, culpable de ignorar deliberadamente las desiguales circunstancias históricas con objeto de someter el pensamiento de Maquiavelo a las ideologías políticas de la época presente: “nosotros no utilizamos la disciplina histórica para componer más o menos amables juegos de ideas. Ni pedimos a Maquiavelo hacerse intérprete de nuestra fe; demasiados siglos y demasiadas ideas nos separan de él”.<sup>84</sup> Para explicar esa distancia, el director de *La Rivoluzione Liberale* mencionaba la democracia moderna, una forma política ajena al léxico de Maquiavelo, todavía enfocado sobre la Ciudad-Estado y conectada con el devenir de algunos acontecimientos históricos fundamentales que configuraron peculiarmente la tradición política de la Edad Moderna; en palabras de Gobetti: “la democracia moderna supone la Revolución Protestante y las grandes Monarquías Absolutas; Maquiavelo, ignorante de la primera, de los grandes Estados Modernos tiene solo un confuso presentimiento, ya que su experiencia permanece anclada a las ciudades-Estados”.<sup>85</sup> Gobetti, contrariamente a la historiografía fascista, vislumbraba en Maquiavelo el portaestandarte principal de una idea de libertad casi primitiva, entendida en sentido rousseauniano cual fuerza motor de la vida del individuo y concebida como praxis, dimensión filosófica y generadora existencial de la historia.<sup>86</sup> En este sentido, como ha afirmado Paolo Bagnoli, Gobetti, ya en febrero de 1922, en su “Manifiesto” de la *Rivoluzione Liberale*, comparaba el legado representado por Maquiavelo con la Reforma Protestante, que, al contrario de lo que había acaecido en los países de la Europa Central y Septentrional, en Italia no había encontrado el terreno fértil para echar raíces; de ahí la brecha que había impedido la evolución de Italia hacia la modernidad:

Nuestra Reforma fue Maquiavelo, un aislado, un teórico de la política. Sus ideas no supieron encontrar un terreno social sobre el que asentarse ni hombres que las transformaran en realidad. Maquiavelo es hombre moderno porque funda una concepción del Estado, rebelde a la transcendencia, y piensa el arte de la política como organización de la práctica, profesando de ésta una religiosidad como espontaneidad de iniciativa y de economía. Estos conceptos fueron malentendidos en la inmadurez de la situación a causa de groserías particularistas y esquemas empíricos.<sup>87</sup>

<sup>80</sup> Giacomo Matteotti, “Machiavelli, Mussolini and fascism”, p. 87.

<sup>81</sup> *Ibidem*.

<sup>82</sup> Nicola Colonna, *Il socialismo riformista tra Giolitti e il fascismo*, Palomar, Bari, 2005.

<sup>83</sup> Paolo Bagnoli, *Il metodo della libertà: Piero Gobetti tra eresia e rivoluzione*, Diabasis, Reggio Emilia, 2003, pp. 37-40.

<sup>84</sup> Piero Gobetti, “Commenti a un Preludio”, *La Rivoluzione Liberale*, 3: 20 (1924), p. 77.

<sup>85</sup> *Ibidem*. Véase también su *Scritti Politici*, Einaudi Turín, 1997, p. 673.

<sup>86</sup> Piero Gobetti, *La Rivoluzione Liberale: saggio sulla lotta politica in Italia*, Cappelli, Bolonia, 1924.

<sup>87</sup> Piero Gobetti, “Manifiesto”, *La Rivoluzione Liberale*, 1 (1922), p. 230.



Al hecho de la inautenticidad histórica del “Maquiavelo fascista” se añadía, en la interpretación de Gobetti, un segundo elemento todavía más importante. De hecho, exactamente como había sostenido precedentemente Matteotti, el intelectual turinés invertía la relación entre gobernantes y pueblo establecida por Mussolini, rechazando la idea de la pasividad de las masas y reafirmando su confianza en la iniciativa de la soberanía popular.<sup>88</sup> Era en esta evaluación política el modo en que el joven intelectual antifascista indicaba la lección más vital del florentino, su enseñanza más veraz: “hay en Maquiavelo una fe tan profunda en las fuerzas populares, una conciencia del pueblo como fundamento del Estado que no se explica solamente con la ciudadanía florentina, la pasión republicana de los años savonarolianos de la juventud y los entusiasmos humanistas”.<sup>89</sup>

Como ha evidenciado Paolo Bagnoli, en las observaciones de Gobetti las teorías del secretario sobre la grandeza de la libertad, la canalización del conflicto en una república virtuosa y la condena de los reinos que dependían de las decisiones de un solo hombre representaban la voz de Maquiavelo rehabilitada en su veracidad histórica.<sup>90</sup> Por tanto, al método del liberalismo revolucionario y libertario consistente en el reconocimiento de la necesidad de la lucha política por la vida en la sociedad moderna, Gobetti quiso asociar el activismo del intelectual consciente de desarrollar también la altísima función de historiador, modelo este de continuidad de la bien enraizada tradición de la escuela turinesa. Piero Gobetti pagará un precio altísimo por su tensión y pasión cívicas, ya que morirá exiliado en Francia con tan solo 25 años a causa de sus precarias condiciones de salud, agravadas al máximo por las violencias físicas sufridas durante las agresiones perpetradas por las escuadras fascistas.<sup>91</sup>

La figura del intelectual militante antifascista y comunista por antonomasia, volcado en los estudios sobre la historiografía relativa al *Príncipe*, fue encarnada, sin duda alguna, por Antonio Gramsci. En su obra *I Quaderni dal Carcere* trató orgánicamente la conexión

<sup>88</sup> Piero Gobetti, “Commenti a un Preludio”, p. 77.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

<sup>90</sup> Paolo Bagnoli, “Piero Gobetti”, pp. 93-100.

<sup>91</sup> Pietro Polito, *L'utopia della rivoluzione. La rivoluzione liberale di Pietro Gobetti*, Aras, Fano, 2019.



entre el pensamiento de Maquiavelo y su reflexión sobre el papel ejercido por el Estado y el partido en la época contemporánea.<sup>92</sup> Como ha subrayado Franco Livorsi, Gramsci partía de dos instancias imprescindibles. En primer lugar, Maquiavelo había querido promover la constitución de un gran Estado en Italia, es decir, el modelo de Estado que llamamos “moderno” y que los marxistas denominan burgués; nos referimos a aquella formación colectiva, dotada de personalidad jurídica, monopolizadora de la fuerza y del derecho sobre un determinado territorio, funcional al desarrollo del capitalismo, que se había ya encumbrado en España, Portugal, Inglaterra y Francia a través de la monarquía absoluta.<sup>93</sup> En segundo lugar, según Gramsci, con *El Príncipe*, el secretario no había hecho un llamamiento solamente a los príncipes de los Estados regionales italianos, sino también a la burguesía, clase entonces joven y emergente, considerada el substrato social de las Monarquías Absolutas apenas formadas o en vía de formación.<sup>94</sup> Este sería, según Gramsci, el sentido profundo de la apología de Maquiavelo sobre las crueldades de César Borgia, siempre dirigidas contra los nobles reaccionarios que obstaculizaban el fin necesario de la constitución de un Gran Estado, y de ninguna manera contra los burgueses y los campesinos, base de las milicias del Maquiavelo gramsciano.<sup>95</sup> Análogamente, en los tiempos de Gramsci, en los que el Estado que se debía construir no era tanto el burgués, sino el proletario, Lenin se transformaría en el profeta de la dictadura del proletariado a través del poder indiscutible y monolítico del Partido Comunista. Y, por su parte, Gramsci, desde 1919, teórico de la revista *L'Ordine Nuovo* de Turín, fautor del poder político y social de los consejos de fábrica, se proponía en *I Quaderni dal Carcere* como el paladín italiano de la soberanía proletaria del Partido Comunista, erguido a “Nuevo Príncipe” del siglo xx. En este sentido, el pensador sardo concordaba parcialmente con la fulgurante intuición de Benedetto Croce, quien, en 1899, había denominado a Marx como el “Maquiavelo del Proletariado”.<sup>96</sup> Por tanto, si, por un lado, Mussolini imaginaba el Estado totalitario fascista como la encarnación del “Nuevo Príncipe”, y Carl Schmitt identificaba el *deus ex machina* de Maquiavelo con el partido nacionalsocialista alemán,<sup>97</sup> por otro, en esta continua transfiguración modernista del secretario florentino, Gramsci llegó a entrever en el movimiento político revolucionario comunista algo similar a los príncipes de Maquiavelo y del Renacimiento; es decir, un movimiento que dinamizaba el pueblo, convirtiéndolo en Estado.<sup>98</sup>

Sin embargo, el intelectual comunista consideraba peligrosos los fascismos porque, aun siendo reaccionarios en la sustancia, constituían una mimesis volteada de la revolución, así como el “maquiavelismo” lo era respecto a Maquiavelo, y el pseudo-jacobinismo respecto al jacobinismo auténtico.<sup>99</sup> Y Gramsci delineó perfectamente esta capacidad de disfrazarse del fascismo en un memorable artículo de 1924 titulado “*Capo*” y redactado en respuesta al “Preludio” mussoliniano. En el texto en cuestión, el director de *L'Ordine Nuovo* definía al Duce como un gran reaccionario que se erigía en revolucionario; un pequeño burgués enfadado, pero íntimamente conservador; un ocupador ilegítimo y no un fundador de Estados como había sido Lenin. Pues, en dicho artículo, Gramsci jugaba a tejer una contraposición antropológica entre el líder del fascismo y el del bolchevismo, entre el

<sup>92</sup> Giuseppe Vacca, *Modernità alternative. Il Novecento di Antonio Gramsci*, Einaudi, Turín, 2017.

<sup>93</sup> Franco Livorsi, *Rivoluzione e Stato nel pensiero di Gramsci*, Tirrenia Stampatori, Turín, 1992, pp. 219-238.

<sup>94</sup> Antonio Gramsci, *Quaderni dal carcere*, Einaudi, Turín, 2012 [1948], p. 954.

<sup>95</sup> Antonio Gramsci, *Quaderni dal carcere*, p. 1617.

<sup>96</sup> Benedetto Croce, “Per l’interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo”, *La Cultura*, 1 de septiembre de 1898 [1897].

<sup>97</sup> Carl Schmitt, *L'unità del mondo*, Conferencia tenida en Roma el 16 de abril de 1936, Pellicani, Roma, 2003, p. 87.

<sup>98</sup> Antonio Gramsci, *Scritti politici*, edición de Paolo Spriano, Riuniti, Roma, 1969.

<sup>99</sup> Antonio Gramsci, “Il giacobinismo”, pp. 59-60.

pseudo-revolucionario mascarado y el verdadero revolucionario.<sup>100</sup> A través de la crítica a Mussolini, equiparado significativamente a un capitán de ventura medieval, Gramsci acusaba a los dirigentes fascistas de haber obligado a las masas a una relación de sumisión y pasividad, utilizando el binomio fuerza-consenso en función antirevolucionaria. Para corregir esta situación, el intelectual sardo auspiciaba el método de la militancia activa de las masas proletarias en expansión, de tal manera que se pudiese lograr la “*Vittorio Veneto proletaria*” después de la “*Caporetto anti-proletaria*” del fascismo triunfante.<sup>101</sup>

#### EPÍLOGO. ENTRE MITO Y REALIDAD: EL MAQUIAVELO MONOLÍTICO *VERSUS* EL MAQUIAVELO TRÁGICO

Para ir concluyendo este viaje a través de las encarnizadas disputas entre los pensadores fascistas y antifascistas acerca de la figura de Maquiavelo durante el “*Ventennio*” nos parece importante plantear algunas cuestiones sobre dos temas claves inherentes a la actualización fascista de Maquiavelo; nos referimos, por un lado, a las aparentemente tan dispares diferencias entre *El Príncipe* y los *Discursos*, ignoradas por la historiografía fascista, y, por otro, a la optimista concepción fascista de la relación entre virtud y fortuna en el secretario florentino.

Como hemos ido viendo, desde los orígenes del fascismo, sus dirigentes fueron partidarios de un Maquiavelo monolítico en su convicción autocrática y nacionalista. De hecho, con el pretexto del pesimismo antropológico del florentino, los pensadores del régimen abogaron por la necesidad de un “Príncipe”, al estilo del “Leviatán” hobbesiano, que supiese conciliar el hombre y la bestia, adoptando, según las circunstancias, el rostro del zorro para huir de las trampas y el del león para espantar a los lobos. Un jefe que fuera despiadado, cruel, engañoso, violento e hipócrita porque la salvación y la grandeza de la patria así lo exigía.<sup>102</sup>

Norberto Bobbio ha afirmado que *El Príncipe* sería un ensayo de política militante, escrito con la finalidad de ganarse el favor de los Medici, que acababan de recuperar el poder en Florencia y de los que esperaba recibir un nuevo cargo en el gobierno de la ciudad. Los *Discursos*, en cambio, serían un verdadero tratado de filosofía política, más separado de los acontecimientos de la época y más acorde con sus verdaderas opiniones y admiración por el régimen republicano de gobierno.<sup>103</sup>

Sin embargo, en los últimos tiempos, historiadores como Bermuda Ávila y Ambrosio Velasco han sostenido la tesis de que, en realidad, ambos textos presentarían una identidad filosófica de fondo y una notable unidad estructural.<sup>104</sup> Nosotros nos identificamos con esta última interpretación. En este sentido se expresó también Louis Althusser, para quien la solución realista del *Príncipe* sería un trampolín necesario, propedéutico a un futuro sistema de gobierno ideal: el de una “República neoromana” fundada en el “*vivere civile e libero*” y en el “*Legum servi sumus ut liberi esse possimus*”.<sup>105</sup> De hecho, en opinión de Althusser, la teoría política de Maquiavelo tenía en cuenta el contexto en el que vivía, el de

<sup>100</sup> Antonio Gramsci, “Capo”, *L'Ordine nuovo*, 1 de marzo de 1924, pp. 1-2.

<sup>101</sup> Antonio Gramsci, “Manifesto per elezioni politiche. Ai proletari italiani”, *Il Comunista*, 21 de abril de 1921.

<sup>102</sup> Véase Achille Norsa, *Il principio della forza nel pensiero politico di Niccolò Machiavelli*, Hoepli, Milán, 1936.

<sup>103</sup> Norberto Bobbio, *La teoría delle forme di governo nella storia del pensiero politico*, Giappichelli, Turín, 1976.

<sup>104</sup> José Manuel Bermudo Ávila, *Maquiavelo, consejero de príncipes*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1994, p. 140. Ambrosio Velasco Gómez, “Maquiavelo y la tradición republicana del Renacimiento”, *Itzapa-lapa*, 41 (1997), pp. 47-54.

<sup>105</sup> Louis Althusser, *Maquiavelo y nosotros*, Akal, Madrid, 2004, pp. 85-100.

una Italia retrasada en su desarrollo político, dividida en una multitud de Estados pequeños y desunida, con el agravante de la presencia obstaculizadora del Papado como sujeto político incómodo y perturbador. Eso condujo a Maquiavelo, en un aspecto de su filosofía política, a subrayar la necesidad inevitable del absolutismo monárquico, pero no debido a ilusión alguna a propósito del derecho divino de los reyes, sino a su convicción de que la fundación del Estado exigía la soledad absoluta de un hombre excepcional dotado de una virtud extraordinaria. En ese sentido, Maquiavelo contaba con ejemplos precedentes, entre ellos los de Moisés, Licurgo y Solón. Sin embargo, la segunda fase de la consolidación del Estado, la de, llamémosla, “Duración”, posterior a la fase precedente del, llamémosla, “Inicio Absoluto”, presuponía una doble operación: el otorgamiento de buenas leyes por parte del fundador del Estado y su posterior salida de escena, es decir, el fin del poder “totalizante” del Príncipe y la implantación de la República. Por tanto, en esta cosmovisión habría duración solo gracias a las leyes en virtud de las cuales el príncipe podía “echar raíces en su pueblo, haciendo que el Estado se consolidara”.<sup>106</sup> En este sentido, según Maquiavelo, también la perfecta “*Res Publica*” romana mixta tuvo como antecesor la Monarquía, y, además, *de facto*, no desapareció la potestad regia, puesto que, en lugar de un rey perpetuo, eran elegidos dos cónsules anuales, más un Senado y los Tribunos de la plebe.<sup>107</sup>

Acerca del segundo tema que considero clave en la actualización fascista de Maquiavelo, el de la relación entre virtud y fortuna, el Duce, refiriéndose a los escritos de Maquiavelo, manifestaba habitualmente que el destino era una divinidad imprevisible y caprichosa, pero la voluntad de un demiurgo podía, en extraordinarias circunstancias, sujetarla, domando la potencia corrosiva del tiempo. Pues la verdadera educación en la virtud era, según los fascistas, la capacidad de saber actuar en la ocasión propicia, esto es, saber insinuarse en el vacío de las circunstancias con la ambición de incrementar el poder del Estado. Según Mussolini: “la gran hora no llega a todas las horas y en todos los relojes. La rueda del destino pasa sin pararse. Es sabio el individuo que, siendo vigilante, la agarra en el minuto en el que transita ante él”.<sup>108</sup> Necesidad de resolución y atrevimiento, pues, dado que, como subrayaban los intelectuales fascistas, la fortuna, siendo mujer y amiga de los jóvenes, se dejaba vencer más fácilmente antes por los audaces que por los indecisos. Sin embargo, como ha destacado Emanuele Spina, esta solución seductora y optimista presentaba un problema evidente: el de dejar sin explicación una frase fundamental que Maquiavelo había redactado al inicio del capítulo XXV de *El Príncipe*: “Creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos permite dirigir la otra mitad, o algo menos”.<sup>109</sup> Es muy significativo, al respecto, el caso de César Borgia, héroe de Maquiavelo por haber encontrado una solución también a la muerte del padre y por haber puesto remedio a todo, que no podía imaginar encontrarse también él en la misma circunstancia, a punto de morir. Por tanto, en la visión del secretario, incluso actuando conforme a los dictados de la mayor virtud, era posible fracasar. De hecho, la tragedia de la acción política en Maquiavelo estriba en que siempre hay algo de ingobernable, incontrolable, incognoscible que escapa a nuestros cálculos y a nuestra capacidad de análisis y de comprensión.<sup>110</sup> Por ende, como han subrayado Maurizio Viroli e Isaiah Berlin, contrariamente a la visión voluntarista y optimista del fascismo, el angustiante núcleo de la enseñanza de Maquiavelo consiste en que tampoco el ejercicio de la máxima virtud, sagacidad y valentía nos ga-

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>107</sup> Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza, Madrid, 2018, pp. 38-63.

<sup>108</sup> Discurso pronunciado con ocasión del séptimo aniversario de la fundación de los *Fascios de combatientes* en Villa Glori, Roma, 28 de marzo de 1926.

<sup>109</sup> Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, BUR, Milán, 2011, pp. 260-275.

<sup>110</sup> Emanuele Spina, *Maquiavelo republicano. La política como tragedia*, Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, Santander, 2020, pp. 170-185.

rantiza el éxito de nuestros emprendimientos.<sup>111</sup> A este respecto, concluimos con la opinión de Piergiorgio Zunino, autor entre otras, de la obra *L'ideologia del fascismo*, que ha señalado justamente:

El fascismo atribuyó a Maquiavelo una connotación política actual tendencialmente unívoca convirtiéndolo en una pieza fundamental de su ajuar ideológico. Se trató, naturalmente, de un Maquiavelo *ad usum Delphini*, en el que el lado dramático y trágico, casi a lo Shakespeare, del conflicto entre el bien y el mal, entre justicia y fuerza, entre deber moral y necesidad histórica, claramente presente en la obra del secretario Florentino, era completamente obliterado a favor de un Maquiavelo solar y monolítico, complacido teórico de la prevalencia del único fin de la política, es decir, la potencia del Estado.<sup>112</sup>

---

<sup>111</sup> Isaiah Berlin, *Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas*, FCE, Madrid, 1992, pp. 85-143. Maurizio Viroli, *La sonrisa de Maquiavelo*, Biblioteca ABC, Madrid, 2004, p. 240.

<sup>112</sup> Piergiorgio Zunino, “Tra Stato autoritario e coscienza nazionale. Chabod e il contesto della sua opera”, en Piergiorgio Zunino y Marta Herling, (eds.), *Actas de la conferencia tenida en Aosta*, 5-6 de mayo de 2000, Olschki, Florencia, p. 111; *L'ideologia del fascismo: miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Il Mulino, Bolonia, 2013 [1985]. En la cita, la expresión *ad usum delphini* es una locución latina que significa “para la utilización del delfín” y se hallaba en las portadas de los textos adaptados para el primogénito del Rey Sol Luis XIV. En los siglos posteriores, la frase empezó a denotar la manipulación de noticias, informaciones o documentos por fines propagandistas en beneficio de un dictador o de un régimen.



*La disputa sobre Maquiavelo entre los intelectuales fascistas y antifascistas durante el ‘ventennio’: entre mito nacional y realidad historiográfica*

*The dispute over Machiavelli between fascist and anti-fascist intellectuals during the Ventennial: between national myth and historiographical reality*

ANDREA VINCENZINI  
Universidad de Cantabria

**Resumen**

En este estudio analizaremos la contienda historiográfica y cultural sobre Maquiavelo desde el siglo XVI hasta el XIX para, a renglón seguido, examinar la interpretación autoritaria de la figura de Maquiavelo llevada a cabo por Mussolini y otros renombrados intelectuales fascistas (Francesco Ercole, Gioacchino Volpe, Alfredo Rocco, Giovanni Gentile y otros). Abordaremos después la versión del “Maquiavelo demócrata y republicano” del liberal Croce, del liberal-radical Gobetti, del socialista democrático Matteotti y del comunista Gramsci, antítesis del “Maquiavelo fascista”. Concluiremos con la dicotomía entre el “Maquiavelo monolítico” del fascismo y el “Maquiavelo trágico” delineado por Viroli, Berlin y Althusser.

*Palabras clave:* Maquiavelo, actualización, autoritarismo, fascismo, democracia, república, tragedia.

**Abstract**

In this study we will analyze the historiographical and cultural conflict over Maquiavelo throughout the centuries. Next, we will examine the modernist and authoritarian updating of the figure of Machiavelli carried out by Mussolini and other renowned fascist intellectuals (Francesco Ercole, Gioacchino Volpe, Alfredo Rocco, Giovanni Gentile, and others). Next, we will study the version of the “democratic and republican Machiavelli”, of the liberal Croce, the liberal-radical Gobetti, the socialist-democratic Matteotti, and the communist Gramsci, antithesis of the “fascist Machiavelli. Finally, we will conclude with the dichotomy between the “monolithic Machiavelli” of fascism and the “tragic Machiavelli” outlined by Viroli, Berlin and Althusser.

*Keywords:* Machiavelli, updating, Authoritarianism, fascism, democracy, republic, tragedy.

**Andrea Vincenzini**

Doctor en Historia por la Universidad de Cantabria con una tesis sobre “Los orígenes culturales, los mitos y el uso de la tradición histórica sobre la nación en el fascismo y en el primer franquismo”. Autor del libro *El Guadiana Neoliberal: del New Deal a la Gran Recesión* (Editorial de la UC, 2019). Ha publicado artículos en las revistas especializadas *Alcores* (2020) y *Vínculos de Historia* (2022).

**Cómo citar este artículo:**

Andrea Vincenzini, “La disputa sobre Maquiavelo entre los intelectuales fascistas y antifascistas durante el ‘ventennio’: entre mito nacional y realidad historiográfica”, *Historia Social*, núm. 106, 2023, pp. 37-57.

Andrea Vincenzini, “La disputa sobre Maquiavelo entre los intelectuales fascistas y antifascistas durante el ‘ventennio’: entre mito nacional y realidad historiográfica”, *Historia Social*, 106 (2023), pp. 37-57.